

DE LA ÚLTIMA CENA A GETSEMANÍ

0. Contexto de la celebración

Jesús iba todos los años a Jerusalén para celebrar allí la Pascua, la gran fiesta de los judíos. En ella conmemoraban la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto. Primero, cada familia inmataba un cordero en el templo; y luego, se juntaban para la cena de pascua en la que recordaban y festejaban la liberación del pueblo. Además del cordero asado, se servían otros alimentos que tenían un profundo significado en relación con el acontecimiento que se celebraba. El padre de la casa explicaba entonces a los niños: «celebramos esta cena para hacer una fiesta porque Dios nos liberó y nos salvó cuando éramos esclavos en Egipto». Y les contaba toda aquella historia para que no la olvidaran nunca. Durante el banquete, daban gracias a Dios y le bendecían por todas las demás cosas que había hecho para salvar a su pueblo a lo largo de la historia. También le pedían que cumpliera todas las demás promesas de salvación que les había anunciado por los profetas. Sobre todo, la llegada de su Reino y de su Mesías.

Horas antes de su prisión y entrega a la muerte, Jesús quiso celebrar la última cena con sus discípulos. Iba a morir y Él lo sabía. Al sentarse a la mesa, les dijo: «Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer». Y entonces hizo algo que sorprendió a los discípulos: se levantó y se puso a lavarles los pies como un criado. Quería así comenzar a explicarles aquella noche por qué moría, advirtiéndoles entonces que «no había venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate de muchos».

Por eso Jesús hizo a continuación algo mucho más importante. Tomó pan en sus manos, dio gracias a Dios, alabándolo por todas las maravillas que había hecho para salvar a su pueblo, lo partió y lo fue dando a sus discípulos diciendo: «tomad y comed todos de él, porque esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros». De igual modo, después de cenar, tomó también el cáliz lleno de vino, dio de nuevo gracias a Dios bendiciéndolo, y lo pasó a sus discípulos diciendo: «tomad y bebed todos de él, porque este es el cáliz de mi sangre que va a ser derramada por vosotros». Y les mandó entonces que también ellos hicieran aquello en recuerdo suyo.

De esta manera Jesús, en la noche en la que iba a ser entregado a la muerte, se adelantó para ofrecer su cuerpo y su sangre en sacrificio por todos los hombres. Y les habló mucho de cómo tenían que permanecer unidos con Él y entre ellos. Quería sencillamente explicarles cómo daba su vida por amor a Dios, su Padre, y por amor a todos los hombres y cómo ellos deberían amar y amarse lo mismo. Por eso moría y para eso les entregaba el sacramento de su cuerpo entregado y de su sangre derramada en sacrificio por la redención de todos los hombres.

1. Motivación de la meditación

La Cena

Jesús desea ardientemente (*«cuánto he deseado celebrar esta pascua con vosotros antes de morir»*) celebrar la última cena con sus apóstoles, justamente el día en el que los judíos

se reúnen para celebrar su alianza con Yahvé. Una comida, en la que se sacrificaba un cordero, les servía de recuerdo y de acción de gracias por haber sido liberados de la esclavitud. En ese contexto, Jesús va a realizar la nueva alianza, en la que lo que se sacrifica no es ya un cordero, sino Él mismo.

En esta cena Jesús va a significar lo que ha sido el motivo de su vida: la entrega de su persona al Padre por los hombres.

Getsemaní

Pero muy pronto Jesús entra en crisis, siente la soledad y el abandono de los apóstoles y, lo que es más doloroso, también del Padre. Jesús ora insistentemente pidiendo que el Padre le retire aquél cáliz. Es tanto su dolor, angustia y tristeza que su sudor es como de gotas de sangre. Pero a pesar de este estado de ánimo, Jesús renueva su entrega al Padre con estas palabras: *«Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya»*.

El proceso a Jesús

«Pero esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas». Es lo que les decía Jesús a aquellos que le fueron a prender. A partir de este momento, a Jesús se le somete a un proceso realizado por los poderes de este mundo. En toda la pasión se escenifica la misma representación: Jesús aparece débil, desarmado, vulnerable y, por otra parte, los demás son los fuertes: desde Pilatos y los Sumos Sacerdotes, hasta los criados de ambos. Dos sabidurías enfrentadas: la de Dios, que es de debilidad, y la del mundo, que es la de los fuertes.

2. **Petición:** Señor, dame la gracia de hacerme con tus sentimientos para que, de esta manera, aprenda a compartir el dolor de este mundo.

3. Textos para acompañar a Jesús:

I) Jesús se retira a Betania

1. Jn 12, 1-8: Son los últimos días previos a su pasión y Jesús busca el hogar de sus amigos. Una mujer le unge los pies y es criticado por todos los demás. Jesús les reprende porque esta mujer ha intuido los sentimientos que le embargan.

II) Los preparativos de la Cena

1. Mc 14, 12-16: Jesús ha preparado con esmero su última cena, ha cuidado todos los detalles y allá se dirige con sus apóstoles.

III) La Cena

1. Mt 26, 26-30: Momento intenso en la vida de Jesús. Los apóstoles acompañan a Jesús, pero ¿se hacen cargo de lo que Jesús está pasando? Es preciso hacerse con el interior de Jesús y gustar y sentir las palabras de la consagración.

IV) Getsemaní

1. Lc 22, 39-53: Son muchas las cosas que aquí ocurren. La más importante es la situación de crisis por la que pasa Jesús, pero también la actitud de los apóstoles, y por fin el prendimiento de Jesús y su entrega.

V) *Proceso a Jesús*

1. Mt 26, 57-68: Es el juicio religioso. Le juzgan los que creen en Dios y en nombre de Dios le condenan.
2. Jn 18, 28-40; 19, 1-6: Es el juicio de los paganos. Para significar que todo el mundo condenó a Jesús.
3. Mt 27,27-31: Es el juicio de los de abajo. Son los criados del sumo sacerdote y de Pilato. Es el proceso de los esclavos que resulta que se han encontrado con otro más pobre que ellos.

4. «Canto del Siervo de Yahvé»

4. 1. Leemos el texto: (*Isaías 52, 13 a 53, 12*)

4.2. Comentario:

Este poema del Siervo de Yavé es, tal vez, su propia revelación.

Sin embargo, eran nuestras dolencias las que él llevaba, eran nuestros dolores los que le pesaban y nosotros lo creíamos azotado por Dios, castigado y humillado.

Ha sido tratado como culpable a causa de nuestras rebeldías y aplastado por nuestros pecados. Por sus llagas hemos sido sanados. Todos andábamos como ovejas errantes, cada cual seguía su propio camino. Y Yahvé descargó, sobre Él, la culpa de todos nosotros.

Fue detenido y enjuiciado injustamente, sin que nadie se preocupara de Él. Fue arrancado del mundo de los vivos, y herido de muerte por los crímenes de su pueblo. Fue sepultado junto a los malhechores, a pesar de que nunca cometió violencia, ni nunca salió una mentira de su boca. Quiso Yahvé destrozado con padecimientos, y Él ofreció su vida como sacrificio por el pecado.

Después de las amarguras que haya padecido su alma, verá la luz y será colmado. Por su padecimiento mi siervo justificará a muchos, y cargará con todas sus culpas. Por eso le daré en herencia muchedumbres, y recibirá los premios de los vencedores.

Se ha negado a sí mismo hasta la muerte, y ha sido contado entre los pecadores, cuando en realidad llevaba sobre sí los pecados de muchos, e intercedía por los pecadores.

Los evangelistas quedaron impresionados por la semejanza de este relato del profeta y la pasión de Jesús. Por eso, cuando quieren demostrar a los judíos que Jesús es el Salvador anunciado, recurren a este texto, como lo vemos en Hechos 8,32 y Jn 12,38.

5. Oramos con un poema de José María Valverde:

ÚLTIMA CENA

-Ya no me queda nada que deciros.
Me hice palabra; todo os lo he contado,
pero sé que lo olvidaríais pronto,
pues las palabras son hijas del tiempo.
Sé cómo sois: no voy a reprocharos.
Por eso estoy aquí, por eso vine.

Sé que os dormís al borde de la muerte
o al borde de la vida, como el niño
que cae, con la cuchara de camino
desde el plato a la boca, ebrio de sueño;
que deja de importaros todo, gloria,
infierno y esperanzas más queridas,
cuando os sentáis, cansados, a pedir
una sombra, un bocado, un sorbo de agua.

Sé que os amáis en la tiniebla, haciendo
los hijos sin saberlo, y ellos crecen
igual que ciegucecitos, tanteando
al andar vuestras manos silenciosas.
Y sé que el traqueteo de los días,
como ruido de ruedas, os aturde,
y se os apaga la memoria, floja,
y que os quedáis pegados a la vida
como el lagarto a la pared caliente,
y no tenéis más mundo que el que os entra
por el cuerpo, como un agua bien densa
de tocar, de comer, y de dolores.

Os miraba cenar. Eso era cierto,
vuestro ruido de bocas, vuestra sed,
vuestro tomar en serio, respetuosos
con cada miga, lo de vuestros platos.
Del andar por los secos olivares
detrás de mi palabra, esto os quedaba:
una vaga doctrina, en la fatiga,
y un hambre polvorienta y verdadera.

Hijos míos: lo sé. No me da miedo.
Os seguiré hasta el fin; me quedaré
en el último cuarto de la casa,
detrás de los dormidos, en lo oscuro,
en lo viscoso y en lo repugnante,
mezclado en la raíz de lo que sube
a animaros a andar todos los días,
y hasta, en los buenos ratos, a alegraros.

Allá voy de cabeza para siempre,
a acompañaros en olvido y tacto.
Me comeréis y beberéis. Me haré
vosotros: no podréis echarme fuera
por mucho que pequéis: seré los huesos,
la química más dulce que os calienta,
el peso que arrastráis por los caminos,
lo que quemáis viviendo, vuestro gasto.

Comed mi pan: se ha vuelto ya mi carne.
Bebed mi vino: se ha vuelto mi sangre.